

sido tornabodas tan tristes! Más no importa, la joven llegará á engrosar la pequeña falange de las esposas de pares americanos y de ellos sale garante la tensión nerviosa de su mirada, el pliegue decidido de su boca y el vigor de su barba,—y cuando llegue á entrar al Olimpo británico no tendrá ya nada que aprender ni de las personas ni de los usos, ella cuyo abuelo comenzó por tener una fonda en el Chicago de antes del incendio!

Cuando la *ambiciosa* es más mediana y sobre todo cuando es menos rica, se convierte en la *bluffeuse*—tomando nuevo este término significativo al juego nacional del poker.—Esta partió para Europa el año pasado, con la idea bien anclada en su linda cabeza morena, de jugarle á cualquier hombre rico de allá, la misma partida que tantos aventureros europeos han jugado á muchas jóvenes de aquí. ¿Qué cosa más equitativa? Sabe que la fortuna de su padre no resistirá á una liquidación. No ignora que á su alrededor todo el mundo lo sabe y que las esplendorosas fiestas dadas en su casa de la Quinta Avenida no engañan ya á nadie. La *bluffeuse* si ha pensado que en Londres y en París su belleza causará una sensación bastante fuerte para trastornar una cabeza débil y que el pretendiente tomará como señal de millones auténticos su lujo sus atavíos, y sobre todo su calidad de americana que va de viaje! Hay ilustres ejemplos de *bluffs* parecidas que lo han logrado. Por desgracia se fijó en un joven que arruinado también hasta el extremo y reducido á vivir de expedientes, aunque muy elegante y muy arrojado, se proponía también *bluffer* una linda extranjera. Ambos comediantes se han engañado mutuamente y el joven ha venido hasta New York para hacer su petición y ha vuelto á partir después de explicaciones

que han debido tener la más deliciosa bufonería. Por desgracia estos sainetes no tienen espectadores!

Uno de los tipos de sainete, y que se produce más libremente, es la mari-macho. Por lo común esta ya ha ido á Europa—preguntarlo siempre es necesario para saber á qué atenerse con respecto á una americana. Se ha penetrado allí de la conciencia de su originalidad, como diría un filósofo. Sabe que es la *joven americana* y quiere serlo más aún de lo que es. Representa la comedia de su propia naturaleza exasperándola hasta lo inverosímil. Ella es quien os refiere que paseándose en París, en la calle de la Paz, la equivocó un señor con lo que no era y la siguió. Y esta aventura le parece muy chistosa, "*great fun.*" Os creis obligado á disculpar la indiscreción de vuestro compatriota.

—“El imbécil” responde “ni siquiera me ha hablado.”

Ella es la que ha abierto en su casa un curso de *high kicking* ó arte de impulsar el pié levantándolo cuanto más alto sea posible. Tiene el “*record*” de seis piés tres pulgadas, altura que ninguna de sus compañeras ha logrado chocar.

—“Cuánto siento que no podais verme *kicker!*” os dice, “y ya sabeis, sin doblar la rodilla!...”

Es ella la que comiendo sin la compañía de su madre, en casa de una de sus amigas, os pide cigarros, fuma cuatro de una vez y exclama:

—“Y que tenga yo necesidad de venir á casa de Jessie para aspirar algunas bocanadas de *etraight cut!*.....”

En ella hay nicho del muchacho, pero del muchacho americano, no de Gavroche, sino de Gallagher. Recomiendo al lector la admirable novela de M. Richard Harding Davis, para que pueda apreciar la

diferencia fanfarronada entre la parisiense y la fanfarronada yankee. Comparad una de sus pantomimas con una de nuestras cancioncillas. Cuando la joven americana quiere tomar los modales de un hombre tiene audacias de lenguaje que desconciertan:

—“¿Qué pensais de los calzoncitos que mis virtuosos conciudadanos han puesto á las estatuas de Filadelfia y de Baltimore? . . . . .”

Vi sobresaltarse á un amigo mío, francés, con esta pregunta hecha bruscamente en un salón de la virtuosa New-England. Otro compatriota empezaba á interesarse por una de las innumerables Mays que circulan en los bailes y en los tés de la tarde. Una de las camaradas de May, precisamente la fumadora de cigarros, le dijo á quema ropa:

—“Y bien! cuándo es el casamiento? Es muy bonito, ya lo veis, muy gentil. Es lástima que solo tenga buena cabeza. . . . Pero sí, insistió burlescamente, “nos hemos acostado juntas en el campo y en un mismo cuarto ocho noches seguidas. . . . .” Y se siguió una minuciosa descripción: “No tiene pecho, los omóplatos salientes, las piernas flacas, sin caderas. . . . Solo tiene cabellos. Ah! sí, los cabellos hasta acá. . . .”

Y dobló la pierna señalando con la mano su pantorrilla, riendo alegremente con la risa del colegial que detalla el cuerpo de una cualquiera á quien encontró en el boulevard Saint-Michel al salir una tarde de la escuela. Otra que se fastidiaba en la mesa de una gran comida, escribió unas cuantas líneas en el revés de la lista, dobló el cartón como carta y lo envió á un oficial de nuestra marina que iba de camino para Chicago y á quien apenas conocía hacía tres días. “Te amo, había escrito, qué más quieres?” Y tuvo un loco acceso de risa al ver la cara que ponía

el extranjero ante el absurdo chiste de esta burlesca declaración. Otra, á quien invitó á un té el enamorado de Miss May y que no pudo obtener el permiso materno, escribió: “Si fuere yo una jovencita francesa no obrarían conmigo de otro modo. No vale la pena de ser americana. . . .” y después á modo de *posscri-ption*: “Bien sabeis que si insistis absolutamente, iría de los dos modos. . . .” Y no era esto una coquetería.

La *mari-macho* es una especie de hombre joven, que habitualmente sobresale en todos los *sports*, se viste con un sastre, anda como hombre, juega al billar y halla mucho menos placer en un cortejo que en proporcionarse alguna *exitement* nuevo, tal como un viaje á todo vapor, sentada sobre el aventador de una locomotora. Conoció á la hija del director de una gran compañía que acababa de tener ese gran capricho. Había recorrido leguas y más leguas á través de la llanura, acurrucada sobre la placa de metal, sintiendo por encima el resoplido de la máquina; y en el acento con que pronunciaba su *‘how exciting!’* —cómo me excitaba!—sentía yo todavía la palpitación de sus nervios con el sobresalto de la velocidad y el peligro.

Esa es la *mari-macho física*, si así puede llamarse, y frente á ella se evoca el perfil menos alegre de la *mari-macho intelectual*, de la joven al “corriente” que todo lo ha leído, todo lo ha comprendido, y no superficialmente, sino de modo real, con una energía de cultura capaz de causar vergüenza á todos los hombres de letras parisienses. La desgracia es que, de cada diez veces las nueve, esta inteligencia capaz de asimilarse todo, es incapaz de gustar nada. Es un estómago de fierro,—como el de Dídimo, ese comentarista de la decadencia á quien los Alejandrinos lla-

maban el Escoliasta de entrañas de acero.—pero que no tiene paladar. Aunque se vista en casa de los primeros confeccionadores de la calle de la Paz, al igual de las otras, no hay un libro de Darwin, de Hufley, de Spencer, de Renan, de Faine que no haya estudiado, ni un pintor, ni un escultor de cuyas obras no desee el catálogo, ni una escuela de poetas ó de novelistas cuyas teorías ignore. También está abonada á la *Revue de deux Mondes* y á las gacetas de los cenáculos más modernos del cuartel Latino ó de Montmartre. Solo que no los distingue. No posee una noción que no sea exacta y sufris con ella esta extraña impresión: la de que sentis como si no tuviera esas nociones. Diríase que ha encargado á cualquiera parte su inteligencia, como se encarga un mueble, con medidas dadas y con tantas divisiones cuantos son número los conocimientos humanos. No los adquiere sino para llenar estas gavetas. Y este es el caso más notable del abuso del esfuerzo de que padece esta civilización y la prueba de que este esfuerzo no puede reemplazar á la naturaleza sino hasta ciertos límites. Recuerdo que al salir del palacio de uno de los millonarios de Chicago, me decía Florain con voz en que temblaba el deseo desenfrenado de un artista sensible por un pedacito de pura humanidad.

—“Ah! el cuarto del portero! cuánto desearía ver un cuarto de conserje!”

Y ante la joven intelectual se exclamaría de todo corazón:

—“Oh! una ignorancia, un error, uno solo! Que se equivoque! Que lo ignore!...”

En vano. Una inteligencia se engaña. Una inteligencia ignora.—Pero nunca una máquina de pensar.

Ahora se dibuja un nuevo tipo, el de la *Coqueta*—pues que existe también—de la femenina y blanda coqueta que se asemeja mucho á la que conocemos en Europa, aunque con matices muy diferentes.

Desde luego existe la *coleccionadora*, aquella cuya coquetería se extiende á varias personas á la vez, á cuatro por lo común, para dividirse los celos dos adoradores viejos y dos enamorados jóvenes. Y entre paréntesis, un rasgo sorprendente de los Estados Unidos es que la edad del hombre parece no tener la misma importancia para la joven americana que para la joven francesa. Arnolfo aquí, no tendría que envidiar mucho cerca de Agnés el encanto de los veinticinco años de Horacio. La prueba está en la facilidad con la cual se casan jóvenes muy niñas con viejos ricos y en la dicha habitual de semejantes uniones.

Pretende mi amigo el diplomático que la ausencia de temperamento explica por sí sola esta anomalía. Esta hipótesis no se concilia con la admiración de los *boocks*, por la belleza animal del hombre que da la razón de ciertos raptos contados por los periódicos de vez en cuando. Creo más acertado suponer que la coquetería en la americana, no es, como todo lo demás, sino asunto de atracción. La voluntad es aún quien la dirige y quien le hace hallar una satisfacción de amor propio igual en trastornar una cabeza envejecida ó una cabeza joven. La prueba de esta intención deliberada en sus *flirtaciones* reside en su manera de proceder. Casi siempre usa el cumplimiento, pero tan exagerado, tan violentamente certero que no sabeis cómo recibirlo. Esta es la manera de pedirlos en cambio, según dicen los que la conocen, lo que podais para exagerar también á vuestro antojo. No creen gran cosa en lo que les decís, pero se complacen en ello.

—“Adoro á los franceses!” decía en mi presencia una de ellas. “Dicen también los cumplidos! Se componen de modo que creéis que en efecto piensan lo que os dicen. *That they mean it...*” Y agregaba con ingenuidad: “Escribidme. Decidme lo que pensáis de mi...”

Este interés admirativo es el que la *coleccionadora* quiere despertar y conservar.—El le basta—con todo y que la *coleccionadora* está pronta á enojarse si la correspondencia así provocada se exaltase hasta la declaración ó si este interés admirativo se aventurase hasta la caricia, excepción hecha del caso en que también ella estuviese interesada. Pues desgraciadamente y según me dicen mis amigos, existe el tipo de la joven, que es sin embargo honrada, pero que se hace regalar por sus adoradores á los que mantiene en el platonismo puro, chácharas, joyas y aun troncos de caballos. Pero con frecuencia no va tan lejos, y se conforma con comprometerse en *flirtaciones* de estío, con enamorados que sean bastante ricos para poder pasear durante la bella estación en sus carruajes.

Esta variedad singular, esta naturaleza de virgen, sobradamente calculadora para conservarse pura explotando á la vez su belleza en provecho de su capricho, aparece menos odiosa aquí que en cualquiera otra parte.—Son igualmente extrañas las relaciones de dinero entre el hombre y la mujer en este país en donde con frecuencia disfruta la esposa con relación á su marido del papel de encargada de los gastos, que apenas la ve, y que recibe de él con profusión dinero que malgasta por sí sola en un lujo, del que no participa el marido. Jamás está con ella sino bajo la forma de *cheques*.—La especie, gracias á Dios, es muy rara, tan rara que la menciono solo

por el oír decir, pero en cambio he podido encontrar á menudo á la coqueta sentimental, la que tiene la disculpa de creerse “desesperadamente” enamorada de aquel con quien coquetea,—*desperately in love*.—La crudeza de expresión propia de la América tiene de estas fórmulas para designar esas pasioncillas que cuando menos tienen la originalidad de que esas personas se entregan á ellas con un aplomo en que se reconoce la energía de la raza. Cuando la joven americana se ha fijado en un hombre no se contenta como nuestras apasionadas con soñar en él con timidez. Tiene siempre alguna amiga complaciente que le sirve de introductora:

—“La señorita N\*\*\* desea mucho el conocer á usted..... Venga para que yo le presente.....” Por lo común es también una joven la que hace el papel de intermediaria. Se aventura más lejos: “Por qué no hace usted la corte á Nanina? Es encantadora, se lo aseguro á usted. Yo le ayudo. Creo que usted le agrada...”

No es que lo crea. Lo sabe, pues Nanina se lo ha dicho confidencialmente y la ha encargado del recado. Solo que Nanina con sus audacias novelescas, es una muchacha de razón. ¿Quién ha pretendido que los americanos son como los alfileres que están siempre sujetos á la cabeza? Pasado cierto tiempo, reconocerá que se ha equivocado sobre la intensidad de sus sentimientos, sobre todo si se le presenta un matrimonio que pueda convenirle. Una vez casada con otro y muy feliz, si alguna ocasión encuentra al joven de su pasión, le dirá:

—“Estaba yo loca! Pero cuánto os amé!.....”  
*How foolish I was? But how I loved you!.....*

Y en este recuerdo hay tanta familiaridad de alegre compañerismo, que la idea de reanudar con la

• mujer casada la novela comenzada con la joven é interrumpida luego, no vendrá ni por un momento al pensamiento del hombre, objeto de esta extraña confianza.

Al considerar estos tipos que se prestan casi todos á la sátira, es justo diseñar otra figura que también se halla de igual modo en este país del "siempre más:" la de la *equilibrada*. La encantadora fisonomía de una joven, llena de precisión y de armonía, pertenece á todos los países y á todos los tiempos. *Molière* ha producido su *Enríqueta*, *Dickens* su *Inés* y *Zola* su *Dionisia*. Pero lo que la distingue en América es la precocidad y la universalidad de la experiencia. Por lo común, en Londres, al igual de París, la joven que es muy equilibrada es, sobre todo, la niña á quien mucho se ha vigilado, á quien se ha seguido demasiado y aquella cuya vida ha sido cuidadosamente regulada y cuya educación ha sido muy rígida. Ha aceptado circunstancias penosas ó ha estado sometida á una disciplina severísima.

Aquí es al revés; ha conservado el equilibrio de su naturaleza en medio de la existencia más colmada, más abandonada y más complicada. Pero ni la fortuna de su padre, ni el lujo de que está rodeada, ni la fiebre del mundo que se le arrastra, han podido prevalecer contra su facultad racional y razonadora. Por sí misma ha recorrido el sendero entre todas las sensaciones que su medio le ha proporcionado, ha distinguido las que eran sanas de las que no lo eran, ha escogido unas y ha rechazado otras. Se ha formado un carácter en completo acuerdo con su posición en la sociedad y que sin embargo es individual y particular.

Se comprende que para esta joven no será peligrosa prueba alguna, ni tampoco la hallará inferior á lo

que conviene la fortuna cualquiera que ella sea. Se comprende también, tan enérgica así se la adivina, tan lúcida y dulce se la siente, que el vigor de su raza, tan desenfrenado en todas partes, en ella alcanza la medida exacta. La libertad absoluta de las costumbres de su país no ha podido alterar en ella una sola de las gracias de su sexo, y estas gracias se duplican en fuerza hasta el punto de que darán la seguridad á su marido, no sólo de la fidelidad más irrequerable, sino del apoyo más sólido en cualquiera dificultad que se presente. Como las demás, es una personalidad muy completa, que se ha modelado por sí misma y que se basta á sí propia, pero con una bondad intelectual capaz de comprender á otra persona que esté cerca de ella, y capaz de admitirla, de prestarle ayuda y de asociarse á ella.

El hecho de no ser rara esta joven en Estados Unidos es prueba de que si el principio de la iniciativa sin contrapeso produce graves faltas, engendra también diferencias nuevas en la belleza moral y en los hechizos. Esta criatura, mezcla de delicadeza femenina y de voluntad viril, atrae, admira, seduce y conforta. A la vez que se la respeta, entenece. Se siente gratitud por su existencia como por todas las cosas nobles de este mundo, y tan completa es, que se anhelaría tenerla en la vida como confidente, como consejera, como amiga,—é iba á decir, y es según lo creo el más lisonjero de los elogios—como amigo.....

Bien ó mal equilibrada, coqueta ó sentimental, prudente ó traviesa, intrigante ó cándida, la joven americana es, antes que nada, un pequeño universo completo, que se ha formado y se ha desenvuelto en

ausencia de toda influencia masculina. La diferencia en la inteligencia, en las costumbres, casi en la especie, que he notado de una sola vez y de paso, entre ella y su padre, tan completa que es inverosímil, parece que debería dar nacimiento á terribles dramas morales. Y si son tan contados es debido á que en ninguna parte como aquí se practica la inteligente y humanitaria máxima "de vivir y de dejar vivir" . . . . A pesar de todo, esta libertad extrema no evita los manoteos sino por la supresión de las aproximaciones y de aquí se desprende esta consecuencia que es de mucha importancia para las niñas y más importante aun para las jóvenes, que la vida del *home* existe en Estados Unidos mucho menos que en ninguna otra parte.

Infinitas señales ponen de manifiesto esta especie de inconexión del hogar americano: desde luego la extrema facilidad de viajar, después, y sobre todo, la cantidad de personas acomodadas que llevan una vida de hotel, casi incomprensible para los europeos y en particular para los franceses.

— "Vea usted, hace diez años que pasamos aquí el invierno, pero decimos que vivimos en Rochester . . . ." me decía con mucho talento una señora muy á la moda. Y como á esos diez inviernos pasados en New York, corresponden diez estíos pasados en Newport y otros tantos otoños en Lennox y probablemente varias primaveras pasadas en París, calcúlese el tiempo reservado á la verdadera casa por un matrimonio semejante. Esta extraña y movíl manera de vivir se exagera á medida que se acerca uno al Oeste. Pretenden los viajeros que allí ciertas ciudades se componen únicamente de casuchas de madera diseminadas en torno de un gran hotel.

Allí, en esa hospedería montada con el violento

lujo de que se apasionan los ricos de ayer, es en donde se bosquejan los principios de esa existencia social, que se desenvuelve más tarde en los grandes centros del borde del Atlántico.

La familia instalada en el hotel, tiene un salón donde recibe adornado con grabados, con telas y lleno con frecuencia de muebles secretos.

Para formarse idea del grado hasta el cual viven estas gentes unas á lado de otras, aun más que unas con otras, es preciso haber habitado uno de estos hoteles y asistido á algunas de sus comidas. En efecto comen en la misma mesa, pero sin aguardarse nunca unos á otros. La hija ó la esposa se levantan cuando el padre ó el marido vienen á sentarse para tomar su almuerzo, su lunch ó su comida. Es la muy humilde pero expresiva evidencia de lo que forma el fondo de la familia americana: cada uno para sí y cada quien por sí.

Esta verdad la lleva escrita la joven en lo más profundo de su ser. Todo se la revela y aun ella misma está sobradamente persuadida de su realidad para no saber en el momento de contraer matrimonio que esta regla dominará en la casa conyugal como ha dominado en la casa paterna. Y por lo mismo no espera hallar en el hombre con quien se casa, como lo esperaría una de nuestras jóvenes, un confidente absoluto de sus pensamientos, un amigo que dará educación á su espíritu, á su corazón y á todo su ser. Por lo demás en ese caso no puede decirse de ella lo que se dice de una francesa: que se ha hecho mujer. Lo era ántes de casarse. por sus ideas, por su carácter, por su libertad, por sus costumbres. La diferencia reside en que por una parte las posibilidades de porvenir van á disminuirse para ella y que por la otra va á encontrarse menos rodeada. Entre noso-

tros, el paso del estado de soltera al estado de esposa es un acontecimiento. Aquí es todo lo contrario. Es una dimisión.

¿Por qué, en Estados Unidos, la mujer casada es menos cortejada que la soltera? Después de algunas semanas de vivir allí, es esta la primera pregunta que se hace el extranjero. ¿Es acaso, porque los americanos respetan más que nosotros el matrimonio? ¿Será porque siendo las costumbres más sencillas y más puras repugna el adulterio al corazón de los jóvenes, porque representa amargas emociones y tristeza enconada aun en la felicidad misma? ¿Es porque falta tiempo para las seducciones que requieren ser llevadas profunda y lentamente? ¿Será por horror á la mentira, este carácter tan notable del alma anglosajona? Lo cierto es que en sociedad no ois, por decirlo así, nunca, hacer alusión á esa clase de lazos que tanto abundan en París y aun en Londres. La línea divisoria entre la coquetería y la intimidad, entre las inmediateces de la falta y la falta misma, la evita siempre la parlería americana:

—“Estas cosas no existen en Estados Unidos. . . .”

Es la frase que he oído decir con frecuencia á varios de mis amigos de aquí, y al objetarle á una de ellas la actitud de tales ó cuales señoras con respecto á determinados individuos porque me parecía tener una evidencia indiscutible:

—“Esas señoras creen estar obligadas á tener historias” me respondió, “porque en Europa se tienen. . . Solo que en vez de ocultarse, se enseñan lo más que pueden, precisamente porque no hay en ello nada serio. . . .”

El extranjero no puede explicar sino con la gran palabra de duda del más ascético de los pueblos y del menos americano: “Sara. . . .” Dos razones y

ambas de orden muy diferente explican *á priori*, si así puede decirse, que aquí la mujer casada debe hallarse mejor preservada que en cualquiera parte del viejo mundo. La primera, pero que no debe exagerarse ni disminuirse, es ese fondo de puritanismo, que baja año por año, casi mes por mes desde hace cincuenta años, pero que no ha desaparecido por completo. Entre los magistrados más elocuentes de Massachusetts, se cuenta al juez Oliverio Wendell Holmes y él ha dicho en uno de los discursos, cortos y rebosando alma, en que sobresale:

—“Aun cuando haya cambiado la forma de expresar nuestra admiración, nuestro tremendo miedo, nuestra persistente confianza enfrente de la vida, de la muerte y del mundo insondable, aun hoy día, aun en este momento los nuevos-ingleses somos impulsados por el fermento puritano. . . . *Even if our mode of expressing our wonder, our awful fear, our abiding trust in face of life and death and unfathomable world has changed, yet at this day, even now, we New-Englanders are still leavened with the Puritan ferment.*”

Y esto es verdad en la Nueva Inglaterra que persiste en ser el fermento moral de la América. Ahora, es necesario recordar que la ley mosaica que castiga al adulterio con la muerte, estuvo inscrita por doscientos años en los Códigos de la Nueva Inglaterra. La primera modificación que templó el rigor de esa ley, fué marcar únicamente con la letra A, con fierro candente, á las personas á quienes se les probaba ese crimen. Aunque tales ferocidades en la legislación lleguen á desaparecer, siempre dejan tras de sí en la opinión, huellas que no se borran tan pronto. La campaña del doctor Parkhurst el invierno pasado contra las mujeres de New York y la redada dirigida por él en plena noche helada de Di-

ciembre, contra estas habitantes del *Tenderloin*—la *red* es el nombre de este rincón galante de Broadway—testifican que la antigua asperidad reformadora no ha muerto. Esto es sobrado para hacer comprender que la forma parisiense, llena de ligereza, de aceptar, burlándose de ello, el *matrimonio á tres*, no es aun la de Estados Unidos.

La segunda razón es menos histórica y menos ideal. Reside en la extraordinaria facilidad del divorcio que hace lamentarse á los moralistas rígidos. Si están en lo cierto bajo el punto de vista del mayor bien, están con seguridad en el error bajo el punto de visdel menor mal. Aun en esto han obedecido los americanos á su instinto de mirar las cosas como son en sí mismas y de dejarse llevar por los hechos admitiéndolos sin discutirlos. Han partido de esta sencillísima idea, que nosotros los latinos no hemos podido admitir aún, que el divorcio para los buenos matrimonios no es jamás un peligro y que es de mucho interés público y privado el que los malos se rompan lo más pronto y lo más fácilmente que se pueda.

Y desde ese momento se declaró en los Estados una competencia para facilitar el divorcio. A menudo se usa el chiste de decir que los garroteros gritan en las estaciones de Chicago: "Veinte minutos para divorciarse. . . ." Esto es la expresión algo exagerada de la verdad, pues es muy cierto que en determinados Códigos del Oeste la ruptura del lazo conyugal es de ejecución tan fácil como la compra de un terreno. En la mayoría de esos Estados bastan seis meses de residencia para poder aprovechar el beneficio de su ley de divorcio y aun en otros, por ejemplo en el Nord-Dakota, son suficientes noventa días.

La embriaguez manifiesta, la condena de uno de

los esposos á dos años de prisión, su ausencia voluntaria del hogar por un año, su ingreso á una secta religiosa contraria á la de ese matrimonio,—he ahí, al azar, algunos de los motivos para verificar el divorcio que encuentro recorriendo los diversos artículos de esos códigos. A causa de esto, no hay semana en que, no se lea en los diarios que el señor X\*\*\* ó la señora Z\*\*\* salen para tal ó cual Estado con fin de pasar en él una estación, el tiempo necesario para llenar las condiciones de residencia. Después de esto quedarán libres para tomar su anterior vida ó para ligarse con nuevos lazos. Estas *vacaciones* con base de divorcio son una de las cosas risibles de ese mundo atrevido.

—"Conozco mucho á la señora V\*\*\*," me decía una joven de Washintong, "cuando teníamos la localidad en la ópera, siempre nos encontrábamos en el tren. Era eso precisamente en los días en que concurría también semanalmente á hacerse presente á la casa que había alquilado en Delaware para divorciarse. . . ."

Esta facilidad para librarse de las uniones desgraciadas tiene por resultado dar á los matrimonios duraderos, así como á los nuevamente formados después de la ruptura de los primeros, grandes apariencias de ser irreprochables. Las reuniones que no llegan á estar en acuerdo perfecto no tienen razón para prolongarse. Si no es por cierto el ideal este estado de cosas, se acaba considerándolo con atención, por demostrar que esta flexibilidad en la legislación no cria una sociedad malsana. A ello se acostumbran los hombres y las mujeres, y rehacen de nuevo su existencia abierta y francamente, cuando por cualquier motivo abortó por vez primera, lo que siempre será mejor que la organización de la mentira, tan común

entre nosotros y que degrada á la vez, al marido, á la mujer y al amante. Pero pudiera ser que estos, unos y otros encontrasen la solución dada, en Estados Unidos cruelmente molesta, para su susodicha comodidad!

Teniendo media abierta esta puerta sobre la libertad, y no habiendo necesidad sino de empujarla con un solo ademán, cómo sería posible que la joven, ya hecha del todo tan completa y tan enérgicamente formada, se doblegase,—si, cómo podría plegarse á la disciplina del compañero que el matrimonio le ha dado? Antes de él era independiente. Después de él independiente permanece. Quiero decir: pensando por sí propia, dirigiendo su vida según sus ideas y persistiendo en desenvolver su personalidad con esa intención premeditada que era la suya desde ántes, sin modelarse bajo la impresión y según las ideas de su asociado. Esta es la verdadera palabra de ese matrimonio,—no siempre pero sí muy amenudo. Es una asociación mundana á la que el hombre lleva como capital su trabajo y su dinero, y la mujer su belleza, su arte en el atavío y su talento para las recepciones.

Llegan los hijos que son entre nosotros la cuestión vital de un matrimonio, su ruina definitiva ó su salvación. Pero no acontece así en tierra anglo-sajona. La idolatría del padre y de la madre que explica á la familia francesa, su blandura, y la división igual de las herencias—y también su ardor y su solaridad—esta idolatría, algo morbosa, pero que es tan tierna, está reemplazada en país inglés ó americano por una vigilancia más viril y más fría, que no conmueve las fibras profundas del corazón, ó que si lo hace lo remueve con vibración distinta. Mis amigos, los franceses que están aquí, son muy severos sobre este pun-

to. Pretenden que el embarazo es disimulado al principio por la mujer joven que se avergüenza de él como de una función bestial, casi humillante y que es preciso ocultar. Me citan como muy característica esta frase de una anciana señora que, al saber que una de sus jóvenes amigas había dado á luz dos gemelos, exclamó:

—“¡Qué vulgar!... *How vulgar!*...”

Me señalan á tal ó cual persona de la sociedad que ha pasado diez años seguidos en Europa sin tener la menor inquietud por sus hijos que dejaron bajo el cuidado de sus parientes ó de sus amigos. Ignoro si semejante abandono constituye la regla ó es solo una excepción, y sobre todo no creo gran cosa en las anécdotas. En historia todas son falsas, en literatura calumniosas y tratándose de la vida social casi todas son muy recargadas sin sello individual, que es el que explica la anomalía, y carecen de las circunstancias que las justifican. En cambio, tengo gran fé en las estadísticas, y las de los divorcios me parecen más concluyentes. Padres y madres cuyos hijos no se les acercan y á quienes tampoco aman; y por otro lado si el acto de educar directamente al hijo este padre y esta madre fuese más frecuente la iniciativa individual del joven y de la niña no sería lo que es.

Si el matrimonio americano es ante todo una asociación, es natural suponer que la familia americana sea sobre todo una sociedad de compañeros, una especie de campamento social, cuya liga cuando es estrecha, lo es, más que por otra causa, por afecto de las simpatías individuales, tales y como existirían entre personas que no fuesen de la misma sangre. Tengo seguridad, y no producida por las anécdotas sino por la experiencia, de que aquí la amistad del hermano para el hermano y de la hermana para la

hermana es completamente electiva. Acontece igual respecto á las relaciones del padre con el hijo y de la madre con la hija. Uno de mis jóvenes compatriotas, que estaba muy enamorado de una jovencita de Nueva York, en uno de esos momentos en que la frialdad de la mujer que se ama exaspera hasta la más cruel lucidez, me decía:

—“Tiene tan poco corazón que concurrió al teatro cinco semanas después de la muerte de su madre; y nadie se ha indignado! . . . . .”

Supe que el hecho era exacto. ¿Pero qué prueba? ¿Qué prueba también la desigualdad de las particiones que introduce en la distribución de los legados la libertad de testar? No otra cosa, sino que nuestra sensibilidad no es la misma que la de las gentes de este país. Están mucho menos dotados del don de sí mismos y mucho más de reacción individual y sobre todo tienen una voluntad más poderosa. Y esta voluntad se ejerce sobre su corazón como se ejerce sobre su cerebro. Esto nos parece menos tierno. Pero, acaso seremos nosotros buenos jueces?

Es preciso recordar sin cesar esta disociación constante de la vida de familia para comprender algo de la especie de celibato de alma, si cabe expresarse así, que sostiene la joven en América, á través del matrimonio Ni en el segundo período de su vida, así como tampoco en el primero, hace el amor el papel preponderante que nos parece á nosotros inseparable del destino femenino. Cuando una parisiense de cuarenta años dirige una mirada sobre su pasado, la historia de sus emociones es la que le cuenta su recuerdo. Para una americana de la misma edad, lo que le enseña su recuerdo es más comunmente la historia de sus actos, de lo que ella denomina con una palabra que ya he citado, sus experiencias. Ha

tenido, etre los diez y ocho y los veinte años, una concepción de su propia persona que no le imponían sus tradiciones puesto que no las tiene, que no le venían de las enseñanzas de sus padres, puesto que no se las han dado, ni tampoco de su naturaleza, pues lo particular de esas inteligencias tan fácilmente *adaptables* es que el instinto primero reside en ellas informe é indeterminado. Son semejantes á un *cheque* en blanco que se encarga de llenar la voluntad. Pero lo que escribe en él esta voluntad allí queda trazado en letras que nunca se borrarán. Acción, más acción y siempre acción; tal es la divisa inconsciente pero constante de esta mujer. Ya busque una posición social ó ya ambicione una cultura artística, ya se entregue á las cosas del *sport* ó ya organice *dinsses*, como dicen ellas, para leer entre amigos á Browning, Emerson ó Shakespeare, sea que viaje por Europa, por las Indias ó por el Japón ó que permanezca en su casa haciendo “escanciar” por sus amigas tazas de té, estad cierto de que obra sin cesar, de que obra siempre, de que obra infatigablemente en el sentido de su *refinement* ó de su *excitement*.

Y con qué acento pronuncian estas mujeres esas dos palabras que no puede uno cansarse de estudiar, pues tal vez en sí resumen el alma americana! Pasan y vuelven á pasar en la conversación como dos fórmulas reveladoras de la obsesión de esta criatura, que nacida de una raza ruda y sintiéndose delicada, quiere ser fina, y siempre más fina aún; que nacida en plena democracia quiere ser distinguida, siempre más distinguida todavía; que hija de una tierra de empresas, se desvive por exasperar más en sí misma la sensación producida por la excesiva tensión nerviosa.

Y al mirar de este modo á diez, á quince, á treinta, á cincuenta de ellas, el carácter de excentricidad que se había notado al compararlas con las europeas, se desvanece. Un nuevo tipo de seducción femenina se revela, menos enternecedor que irritante, enigmático y un poco ambiguo por la indefinible mezcla de gracia flexible y de firmeza civil, por la alianza de la cultura y del vigor, de la nerviosidad más vibradora y de la salud más acaudalada. Se presenta también el verdadero lugar de esta criatura en esta sociedad y la profunda razón por la cual estos hombres, toda acción también, dejan á estas mujeres obrar de tal manera, con esa total independencia. Si fuese permitido aplicar un antiguo término administrativo á tan sutiles seres, diría que estas mujeres son, en esta civilización utilitaria, los legados al lujo. Su misión consiste en llevar allí lo que el americano no tiene tiempo para crear y que quiere tener: la flor de la elegancia, la belleza y para decirlo todo de una vez, la aristocracia. Son la nobleza de ese país de los negocios y una nobleza que se desarrolla por la continuidad misma de esos negocios, puesto que el dinero que se gana en los bancos va á parar en sus manos y manejado por sus dedos se transfigura, se desenvuelve en preciosas decoraciones, se intelectualiza en caprichos de *esprit* y por último se *desutiliza*...

Un grande artista, uno de los primeros de la época por su ardor investigador, por la conciencia de su estudio y por la sinceridad de su visión, John Sargent, ha encarnado, todo lo que yo intento expresar, en el retrato de una de estas mujeres, cuyo nombre ignoro y que ví en una exposición, uno de esos retratos como los que pintaban los maestros del siglo XV, en los que detrás del individuo se transparen-

ta la raza y detrás del modelo todo un mundo. Tan representativa es esa tela, que podría llamarse el *Idolo Americano*.

La mujer está en pié, con los piés juntos, las rodillas unidas, en una posición casi hierática. Su cuerpo docilitado por el ejercicio, está oprimido, casi amoldado en una vaina negra. Brillan rubies sobre sus zapatos negros, semejantes á gotas de sangre. Su delgado busto está rodeado por un collar de enormes perlas, y del vestido que hace un fondo intensamente obscuro al brillo mineral de las alhajas, resaltan los brazos y los hombros con otro brillo, el de la carne en flor, una piel blanca y fina por la que circula una sangre vivificada sin tregua por el aire libre del campo y del Océano. La cabeza, inteligente y audaz, de fisonomía reveladora de haber entendido todo, tiene como aureola el dibujo, vagamente dorado, de una de esas telas del Renacimiento que llaman los Venecianos *soprarisso*. Los brazos torneados, en los que apenas se adivinaban los músculos, se reunen por las manos que están entrelazadas, manos decididas, de pulgar casi muy largo y que deben saber manejar cuatro caballos con la precisión de un cochero inglés. Es la imagen de una energía invencible y á la par delicada que se halla en reposo en este instante; y hay mucho de la Madona bizantina en esta cara de grandes ojos estáticos.

Si, esta mujer es un ídolo en cuyo servicio trabaja el hombre, quien la ha adornado con esas alhajas de reina, y detrás de cada fantasía suya se vislumbran días y más días pasados en Wall-Strut, en pleno combate. El frenesí de las especulaciones en trenos, las ciudades emprendidas y construidas á fuerza de millones de dollars, los trenes lanzados á todo vapor sobre puentes con envergaduras de arcos

como los de Babel, el rechinado de los carros de cable, el retumbo de los carros eléctricos que descenden á lo largo de sus hilos con trepitaciones y con chispas, el ascenso vertiginoso de los elevadores en las fábricas de veinte pisos, los inmensos sembrados de trigo en el Oeste, sus haciendas, sus minas, sus colosales rastros, en fin, el formidable trabajo de ese país de luchas y de esfuerzo, y todo su trabajo, he allí lo que ha hecho posible á esta mujer, á esta orquídea viva, obra maestra inesperada de esta civilización.

Y aun el mismo pintor no le ha dedicado el tesoro de su trabajo encarnizado? Para hacerse capaz de pintar esa tela debió asimilarse algo de la fogosidad de los maestros españoles, sorprender la delicadeza de los grandes italianos, conocer y practicar las curiosidades de impresionismo, soñar ante los *iconos* de las basílicas de Rávena, y leer, y pensar: Sí, cuánta cultura, cuánta reflexión se necesita para penetrar hasta el fondo más íntimo de su propia raza! Ha expresado uno de los caracteres más esenciales de esta raza, la divinización de la mujer considerada, no ya como una Beatriz, tal cual pasa en Florencia; no ya como una enigma, como se la supone en Milán; sino como una gloria soberana de la energía nacional. Puede esta mujer no ser amada. Ella no tiene necesidad de que se le ame. No es ni á la voluptuosidad ni á la ternura á quienes simboliza. Es un objeto de arte vivo, una sabia y postrera composición humana que testifica que el yankee, ese desesperado de ayer, ese vencido del viejo mundo, ha sabido sacar de ese universo silvestre donde ha sido arrojado por la suerte, una civilización nueva encarnada en esta mujer, que es su lujo y su orgullo. Todo se ilumina con esta civilización á la mirada de esos ojos profundos en

los que el pintor ha sabido poner todo el Idealismo de ese país sin Ideal, lo que puede ser que sea su pérdida, pero que hasta ahora es su grandeza: la fé absoluta, única, sistemática é indomable en la *voluntad*.

## V

## BANQUEROS Y PANORAMAS

## DE NEGOCIACIONES

En América, como en todas partes, está el hombre detrás de ese universo femenino y él es quien sostiene la independencia de éste y aun su iniciativa. Pero existe un rasgo característico de esta civilización; el hombre de aquí pertenece á una sola categoría. En Estados Unidos no hay nobleza, no hay burguesía de hacendados, casi no hay empleados, no hay cuerpo diplomático, hay un mínimum de administración, la sociedad, en los dos sentidos de esta palabra es propiedad del hombre de negocios, clase inmensa que se extiende desde el posadero hasta el hombre político, éste consumiendo en montar su hotel ochocientos mil dollars y aquel mezclándose en su propia elección, en votar y desechar una ley con procedimientos de empresario. Hoy día, el hombre de negocios ha regimentado bajo sus órdenes y hecho entrar al torbellino de su actividad á la población rural que en otros países está tan separada de él. La extensión del territorio y los transportes por vía férrea de animales y de trigo en inmensas cantidades,